

estos hechos, tan incomprensibles para un católico, y no sabe explicárselos satisfactoriamente. En lo que no duda es en el daño que la superstición causa a la religión, y por esto, al hablar de las señales maravillosas que precedieron a la muerte del rey Matías de Hungría, critica a los astrólogos y sus imposturas; les demuestra con ejemplos cuántas veces salen burlados sus pronósticos, y les reprende como petulantés que pretenden saber los destinos de los reyes y de los pueblos. El porvenir, dice, queda y quedará oculto para el hombre; solo Dios lo sabe.

De todo lo dicho se infiere que Celtes fué un gran representante del humanismo, así como un genio original, sabio y erudito notable, religioso y patriótico, admirador entusiasta y sincero de todo lo bueno y bello, excelente y artístico hablante y poeta verdadero.

Celtes tuvo muchos imitadores, pero pocos llegaron a poderse medir con él en el género amoroso, que era su fuerte; rasgo honroso para el genio alemán, porque el amor ha de brotar del corazón; su lenguaje no debe aprenderse a fuerza de trabajo, por grande que sea el talento del individuo, y para expresar lo que brota del corazón no hay otra lengua sino la propia, cuyos primeros sonidos se aprenden en el regazo de la madre, la lengua materna, en la cual pensamos y tratamos las cosas más vulgares y las más sagradas. Esta es la razón por qué las poesías eróticas latinas de los humanistas alemanes comparadas con las canciones alemanas de amor, son tan pobres y mezquinas como las flores descoloridas y marchitas comparadas con otras frescas, exuberantes de color y de dulce aroma, precursoras de ricos frutos. A esto se agregaba que la poesía amorosa, fácilmente, y mucho más en aquella época, se torna grosera, erótica y material; de suerte que justificaba la acusación que los enemigos del humanismo dirigían contra la poesía, de ser un arte frívolo y corruptor. Para no incurrir en tal censura los humanistas alemanes prefirieron abandonar este terreno, en que no podían competir con los sutiles italianos, y se aplicaron a tratar otras materias.

Una cosa análoga se observa en sus poesías religiosas, más afines a las amorosas de lo que generalmente se cree, ya que también en su mayor parte se dirigen a una mujer, aunque esta sea la Virgen, madre del Redentor. Ninguna de ellas llega a gran perfección, ni al delicadísimo sentimiento religioso de muchos cánticos de la Edad media, ni a la energía popular de los de Lutero y de sus colegas de la Reforma. Las poesías religiosas de los humanistas alemanes son huecas, convencionales y artificiosas, porque no salieron del corazón de sus autores. Arminio de Busch bien lo dijo con su ingenua sencillez y buena fe, afirmando que escribía estas poesías porque veía que otros poetas lo hacían, y eso que escribió trescientos versos en honor de la Virgen y muchas poesías en honor de diferentes mártires. A esta falta de sentimiento hay que añadir la mezcla de frases y asuntos sagrados y profanos, cristianos y paganos, y de metros enteramente impropios para el objeto, como, por ejemplo, las poesías religiosas de Jacobo Canter, miembro de una familia literaria distinguida y pariente y amigo de Agrícola, que dirigió a la Virgen odas sáficas y la llama «madre del dueño del rayo» (*genitrix tonantis*), y llamó a Dios padre, *princeps superum*.

Jacobo Locher, calificado por Wimpheling de pagano, compuso, sin embargo, poesías religiosas en las cuales trata de locos a los que prefieren las antiguas fábulas de los gentiles a las narraciones de los ascendientes de Jesucristo. También cantó, ensalzó y glorificó en verso a cada una de las tres personas de la Trinidad, a la Virgen, al coro de los ángeles, a los patriarcas, profetas, apóstoles y evangelistas, y además a los santos, antiguos y modernos, mártires, ermita-

ños, frailes y monjas, sacerdotes y piadosas viudas, que lucharon, sufrieron o murieron por la fe, pero todo esto no le impide concluir el prefacio de la colección de estas poesías religiosas, prefacio que rebosa también de religiosidad, con este saludo pagano antiguo: *Dii bene vortant*; y en el epílogo poético dice al lector con toda ingenuidad que «habiéndolo probado en esta obra que también sabía hacer versos religiosos, esperaba que enmudecería en adelante la odiosa envidia que tan a menudo alzaba la voz contra él.»

Sebastian Brant, del cual ya hablamos con ocasión de la contienda entre los defensores y los adversarios de la Inmaculada Concepción, fué uno de los poetas religiosos más fecundos; se sirvió de la lengua latina para esta clase de poesías, como para las mundanas, é hizo uso con preferencia para las religiosas del verso sáfico. La colección empieza, como es de rigor, con poesías dedicadas a la Virgen, y naturalmente, la celebra como concebida sin pecado; luego vienen las poesías dedicadas a los santos favoritos y patronos del autor y de su hijo, Sebastian y Onofre, y después a otros muchos, en su mayor parte venerados principalmente en Alsacia y la Alemania meridional. Como puede pensarse, no faltan cosas chistosas en estas obras. En la poesía dedicada a San Onofre, compara el autor los trabajos de este santo con los de Hércules, resultando, por supuesto, vencido el héroe pagano por la razón de que solo obtuvo gloria, mientras el santo alcanzó en recompensa la vida eterna. En otra dirigida a la madre del Redentor, la invita a que enseñe los pechos a su Hijo para disponerle así a la misericordia. Por último, en otras se entretiene en habilidades mecánicas, como en la oda dedicada a la orden de los cartujos, en la cual cada estrofa concluye con la palabra, *cartusianus*. Prescindiendo de estos defectos, hay en las poesías de Brant esto y sentimiento verdaderos, y convicción del estado pecaminoso del hombre, de la misericordia y justicia divinas, ante la cual son iguales los pobres y los ricos, y del estrecho lazo que une a la humanidad con el Creador. No puede dudarse de la sinceridad del autor cuando recomienda la renuncia al mundo, la vida solitaria y los ejercicios devotos, y cuando del fondo de su corazón clama a Dios misericordioso y le suplica: «Haz que viva consagrado a tí.»

Helio Eobano Hesso, que nació en 1488 y murió en 1540, es considerado por muchos críticos digno competidor de Celtes; pero aunque fué uno de los primeros poetas latinos de su época y gran apóstol del latín castizo, no llegó a la altura de aquel. Muy temprano formó parte del círculo literario de Erfurt, que fué la ciudad donde se encontró más feliz, precisamente por haber hallado allí compañeros con los cuales simpatizó más. En Erfurt estuvo en su elemento, allí trabajó y tuvo inspiraciones; fuera de allí, como cuando enseñó en la Prusia oriental, en Nuremberg y en Marburgo, se aletargó en seguida, y más cuando, casado, le fué regalando su esposa una numerosísima prole, y él se entregó cada día más a la bebida y a la vida desordenada. La miseria entró en su casa y obligó a Hesso a importunar constantemente a todos sus amigos y protectores. Huía de los trabajos largos, porque le quitaban sus inspiraciones poéticas, y no cumplía con los deberes de los empleos que le proporcionaban. Era partidario de Reuchlin y de Erasmo, pero no hasta el sacrificio, bastándole para desertar el menor pretexto.

Tenía un talento especial para versificar, y a este talento debió su fama, más que al mérito poético de sus obras, que son muchas. En primera línea figuran gran número de poesías sueltas, en su mayoría graciosas, fluidas, pero también ampulosas y sin sustancia. Otras llevan trazas de históricas, como las referentes a sucesos locales de Erfurt, las descrip-

ciones de la Prusia oriental y de la ciudad de Nuremberg, y la narración de la guerra entre el Hesse y el Wurtemberg; pero para ser obras históricas carecen de exactitud, y para ser poéticas contienen demasiadas relaciones de hechos. Entre sus traducciones en verso son las más importantes las de los salmos y la de la *Iliada*, que se distinguen por el buen gusto, el dominio maravilloso de la lengua latina y una comprensión sutil y delicada de los originales, por lo cual fueron la admiración de todos y tuvieron muchas ediciones. Hoy solo tienen mérito para el literato anticuario, porque muestran la habilidad mecánica del autor así como su falta de inventiva y de genio para sacar provecho del material y de las ideas. Su obra original más notable son sus *Heroidas*, ó sean cartas de la Virgen y de las santas más conocidas y veneradas entonces, cuya lista cierra Santa Cunegunda, que fué esposa del rey Enrique II de Alemania. Estas cartas tratan asuntos bíblicos y legendarios con el propósito de excitar la devoción cristiana. Hoy no pasan de un trabajo curioso, que interesa solo al historiador por la facilidad de la versificación y por el valor del autor de cantar asuntos exclusivamente cristianos en una época en que el ideal de todos los literatos era la antigüedad pagana. Eobano Hesso era hombre de gran talento, pero falto de carácter. Vividor alegre, más que ninguno de sus colegas, fué el más informal de todos; su aversión a todo trabajo ordenado y su excesivo amor propio, que por nada se ofendía, le hacían huir del contacto de sus mejores amigos y protectores, como hizo con Erasmo, del cual fué primero admirador entusiasta y después enemigo porque le había criticado franca y públicamente con cierto tinte de burla. Abandonó a su amigo Hutten cuando la causa de este tomó un aspecto peligroso; cobró afecto a Lutero, más se guardó de manifestar este afecto y su opinión cuando pareció vencido en la disputa pública con Eck, en Leipzig, y cuando se publicó la bula de excomunión contra el reformador. Solo se declaró partidario suyo cuando el círculo literario de Erfurt se pronunció vivamente en su favor y cuando estuvo en Nuremberg. Entonces se condujo todavía con tanta prudencia que no alabó a los protestantes y evitó el contacto de los católicos, para no comprometerse ni con unos ni con otros. Su patriotismo era nulo; solo se sirvió de la lengua latina, y un billete escrito en alemán por él, es la única muestra que se ha conservado de esta clase. Cantó las glorias de Francisco de Sickingen (1), y cuando este hubo sucumbido y muerto, cantó las alabanzas de su vencedor el landgrave de Hesse. Lo mismo hacía naturalmente con las personas que le favorecían en sus constantes apuros, alabando siempre a las últimas, y si convenía para halagarlas, rebajando a sus contrarios, que a menudo habían favorecido también al poeta mendigo.

Es, pues, Eobano Hesso el representante modelo de los panegiristas rastrosos sin carácter ni virilidad, que constituyeron la gran mayoría, cuando no la totalidad, de los humanistas. Todos, quien más quien menos, hicieron poesías laudatorias, y apenas se publicó en aquel tiempo obra alguna, aunque fuese de un autor antiguo, sin que llevara, al principio ó al fin, ó en ambos puestos, sus correspondientes versos alisonantes en honor del autor, y a falta de este, del editor, y cuando no, de la obra que había sabido elegir. Sucedia a menudo que el autor de los versos encomiastas no conocía siquiera a la persona ni había leído el libro que había de alabar, y solía suceder también que la persona había sido criticada y el libro reprobado por el mismo poeta que después los ensalzaba; y como las alabanzas eran exageradas lo mismo

(1) Uno de los nobles merodeadores y jefes de banda de aquel tiempo. (N. del T.)

que las críticas en aquellos tiempos, resultan las contradicciones más indignas y repugnantes. Así vemos a un Adan Werner atacando furiosamente la Concepción Inmaculada de la Virgen, defendida por Sebastian Brant, cuando antes había sido defensor no menos furioso de este poeta y de su causa. Otro ejemplo nos ofrece Arminio de Busch, del cual también hemos hablado en este libro y que escribió versos laudatorios para obras antihumanistas, escritas y publicadas por los teólogos de Colonia, enemigos suyos y de su causa.

Estas poesías ningún mérito tienen, a no ser el de caracterizar al humanismo alemán y sus adeptos; y como esto es lo que importa estudiar aquí, presentamos en lo que sigue, por vía de ejemplo de esta plaga, la lista de las poesías laudatorias que preceden, en la edición del año 1508, a la colección de los *Opúsculos*, de Enrique Bebel. La primera poesía es de Tomás Wolf, de Estrasburgo, que en versos sencillos dice que la época convida al estudio y que el arte de la imprenta facilita a los maestros el trabajo. Viene después Lope Bebel, hermano del autor, que maldice de los enemigos de este, envidiosos de su talento, y excita a la juventud a acudir en gran número a los nuevos manantiales de la ciencia; sigue Lope Richard, dando al autor las gracias, en nombre de la juventud, por la nueva obra, que califica de faro que disipará las tinieblas de la barbarie. El hermano del autor le da las gracias también en verso, y Lope Richard le contesta dándole gracias, a su vez, por las gracias expresadas, y añade que Enrique Bebel ha devuelto su antiguo lustre a la elocuencia latina. A esta poesía sigue otra del sacerdote Ulrich, que no obstante el nuevo lustre dado a la elocuencia latina, quiere celebrar al autor como alemán, dejando a los romanos y griegos el trabajo de celebrar a sus poetas. Después empuña la trompeta de la fama un tal Heinrichmann, fámulo fiel de Bebel, a quien llama «honra de la patria, adorno y gloria de los suyos,» y para hacer brillar más el mérito de su amo, ataca a sus adversarios, los califica de bárbaros, excita contra ellos a todos sus compatriotas y clama a Dios diciendo: «Confunde, oh Director Supremo del cielo, a estos furiosos.» Sigue a esta efusión de admiración é ira del fiel servidor una poesía de su amo, el mismo autor, que habla duramente de un sujeto llamado Zoilo, contra el cual sueltan sus imprecaciones y críticas, otra vez, el ya citado fámulo y el hermano del autor. El fámulo en su poesía, dice que el tal enemigo de su amo está tan distante de este como el cangrejo del hombre que marcha hacia adelante, añadiendo naturalmente una nueva descarga de alabanzas. Sigue la poesía de Jorge Hermann, que ensalza al autor como poeta y profesor; y tras él viene uno que se llama Miguel Coceinio, que dirige sus versos a la juventud excitándola a seguir el elevado ejemplo del autor, en la seguridad de que entonces la colmará de alabanzas toda la república latina. Cierra la cohorte de estos panegiristas un presbítero de Ulm llamado Leonardo Clemens, que se lamenta en versos malísimos de la barbarie, causa, dice con mucha ingenuidad, del pésimo latín que gasta, y añade que el autor ilustre escribiría mejor «si hubiese llegado al mundo antes.»

Enrique Bebel fué, según hemos dicho en otra parte, una notabilidad, y esto justifica hasta cierto grado los encomios de sus parciales; pero con la misma exuberancia colmaban de elogios los humanistas alemanes de entonces a cualquiera, por insignificante que fuese, y contadísimos eran los autores que publicaban sus obras sin esta balumba ridícula. Reuchlin fué uno de ellos, que ni prodigaba estas poesías encomiastas a sus amigos ni sobrecargaba con ellas sus obras, excepto sus comedias. Poco a poco empezó a caer esta costumbre en descrédito; los escritores más viejos y más importantes, y que de consiguiente más derecho tenían a estas

muestras de admiración de parte de los jóvenes, les recomendaban la moderación, pero poco resultado obtuvieron, porque ellos mismos hacían lo contrario de lo que predicaban.

Aquellos furiosos poetas ensalzaban, lo mismo que a las personas, a las ciudades y aun a las aldeas cuando podían contar con alguna ventaja material en cambio de sus versos. Murnelio da una prueba de esta costumbre en una poesía que compuso en honor de Roermund, su ciudad natal, que hoy no llega todavía a 10,000 almas, y que en aquel tiempo no debía de ser más importante. Según la citada poesía, era una ciudad de fama universal como plaza de guerra, cuyas glorias habría envidiado la Partia, a pesar de haber aniqui-

lado al ejército de Craso, y la Grecia, vencedora de Jerjes, y que por su feliz mezcla de sencillez y de ostentación era preferible a Mileto y a Tarento.

Por este estilo resonaron las alabanzas de muchos lugares, porque los poetas no se limitaron a cantar las glorias del pueblo donde nacieron sino que cantaron las de toda población donde residieron poco o mucho, haciéndolo como un oficio, porque el móvil de todas estas poesías no era la gratitud sino el deseo de obtener algo de los individuos del municipio y de los habitantes pudientes, para hacer la estancia del poeta en la población tan regalada como fuese posible.

Lo peor es que estas poesías, después de tanta bajeza y falta de dignidad, no presentan ningún cuadro preciso ni

Consultatio baiazeti et sultanorum



Los Sultanes.

Facsimile de un grabado de madera que ilustra la tragedia de Jacobo Locher: *Libri philomusi Panegyrici Regem*, etc. Impresa en Estrasburgo en 1497

menos instructivo de la ciudad alabada, sino que son obras convencionales, hechas sin entusiasmo ni conocimiento histórico, en las cuales no hay que buscar ningún hecho, ningún personaje notable que haya honrado a la población. No había humanista, sin exceptuar al mismo Celtes, que no hubiese adoptado esta costumbre rastrera, y otros hubo que no dejaron ciudad sin hacer su elogio, siendo uno de estos el ya citado caballero Arminio de Busch, que convirtió en una verdadera industria estos panegíricos. Todos, con poca variación, podían aplicarse a cualquiera ciudad, como se ve, por ejemplo, en la poesía que Arminio compuso en 1504 en honor de Leipzig. No son tampoco en el fondo otra cosa ni tienen otro objeto las descripciones laudatorias en prosa, como la que hizo Celtes en honor de Nuremberg, y la que compuso Meinhard, en forma de diálogo, en elogio de Wittemberg, que es una muestra interesante de la civilización y costumbres de aquella época.

En la citada apología latina, presentada por el caballero de Busch «a los cónsules y al Senado de Leipzig,» empieza el autor, con el objeto que es inútil explicar, citando príncipes y ciudades de la antigüedad que dieron grandes ejemplos de munificencia para con sus historiadores; luego alaba

en exámetros muy fluidos la feracidad del territorio de la ciudad, feracidad a la cual, según dice, apenas llegan la Pulla y la Sicilia, gracias a la generosidad de Ceres. Compara un lago cerca de la ciudad con el de Garda, el antiguo Benaco; los bosques, en los cuales, según el poeta, jugueteaban driadadas y faunos, le recuerdan las lomas selváticas del Alborno; al ver los rebaños de carneros cree hallarse en Arcadia, y la magnificencia de las flores y frutos le hace pensar en el jardín de las Hespérides. En fin, fuera del nombre de Lipsia, que repite con frecuencia, y el de Plesa (el río Pleisse), que menciona una sola vez, nada hay en toda esta poesía que sea peculiar de Leipzig y que no pueda aplicarse a otras innumerables poblaciones.

Menos castiza que la poesía de Busch, pero más instructiva es una que veinte años antes, probablemente en 1483, escribió en alabanza de la misma ciudad Conrado Wimpina, que la dirigió a sus *burgimagistri*, (Busch decía clásicamente: *A los cónsules y al Senado*). Circunscribió desde luego su trabajo al origen de los príncipes de Meissen, soberanos de Leipzig, y al de la universidad, con lo cual se libró de vana palabrería y se obligó en cambio a hablar de hechos positivos, referentes a la ciudad que se pro-

puso ensalzar. En su consecuencia describe muchas cosas más o menos detalladamente, un reloj notable, «la religión de Leipzig,» en cuya ocasión habla de los esfuerzos de la población para establecer una nueva escuela tomista; luego menciona un convento y tres puertas, y hablando de la administración del comun, dice que el municipio está representado por tres burgomaestres y treinta y seis consejeros o regidores. Al describir el origen de la universidad, da Wimpina una breve relación de la historia de Bohemia; hace el elogio del emperador Carlos IV, y cuenta cómo se trasladaron muchos profesores y estudiantes de la universidad de Praga a la de Leipzig; y hablando de esta detalla los grupos en que están divididos los estudiantes, según las carreras y

naciones; enumera las asignaturas, describe las aulas y bibliotecas, en cuya ocasión dice que los teólogos y médicos tenían la suya en una misma estancia, y concluye su poesía alabando la cruz santa y recomendando a los estudiantes la constante aplicación a los estudios. No faltan exageraciones en esta composición, ni excursiones a la antigüedad griega y latina, pero en lo demás siquiera da una descripción clara e interesante de la ciudad y de la universidad, objeto de sus elogios, y gracias a él nos podemos formar idea de lo que debían ser estas en la época del humanismo y de la reforma religiosa.

Pasemos ahora a examinar la poesía dramática de los humanistas, que fueron los que la resucitaron, y en primer

Actus quintus. expeditōz xp̄ia- ni exercitus cōtinz, loquit dux et vexillifer crucis et aq̄le.



Salida del ejército cristiano contra los turcos. Facsimile de un grabado que ilustra la tragedia del mismo nombre, de Jacobo Locher

término la comedia, por haber entronizado otra vez a Terencio y Plauto, cuyas comedias fueron leídas, estudiadas, traducidas e imitadas, por supuesto toscamente, sin conservar sus bellezas ni sus delicados chistes. Estas traducciones eran las precursoras rudas de las obras dramáticas latinas que en el siglo siguiente llegaron a su apogeo en Alemania. Conviene, pues, conocer estos ensayos rudimentarios, porque en ellos despuntan ya las diferentes clases de la comedia moderna, a saber: las que ridiculizan defectos sociales o personas determinadas por motivos de venganza; las que tienen por objeto defender las corrientes modernas y los estudios clásicos, y las que simplemente se proponen hacer reír.

El representante de los primeros fué, en la época de que hablamos, Reuchlin, considerado por Celtes y Hutten como creador de la comedia moderna, y que fué celebrado como tal. En sus *Scenica progymnasmata*, cuyo argumento tomó de la farsa francesa: *Maitre Pathelin*, satiriza varios defectos sociales que concurren en un criado, que roba a cuantos amos sirve, y cuando se ve entregado a la justicia evita el castigo fingiéndose sordo-mudo, según el consejo de su abogado, al cual paga, después, de la misma manera que a sus amos. A pesar de ser una imitación esta comedia, el autor

aleman supo introducir en ella alguna cosa nueva y alusiones a la época, como la pasión de pleitear de las clases bajas, en especial la rural; la venalidad de los jueces, que faltaban según la paga, y la superchería de los astrólogos, que contentaban a los necios con sentencias misteriosas que en el fondo nada decían. Las muchas ediciones que se hicieron de esta comedia son una prueba de su popularidad, debida a la viveza de los diálogos y a los coros, como el adagio que se encuentra en ellos: «El pobre nada teme, porque nada puede perder.»

Otra comedia titulada: *Sergio, ó Capitis Caput*, escribió Reuchlin para vengarse del fraile agustino Holzinger, el perverso consejero de Everardo de Wurtemberg. Este fraile engaña a la gente devota y crédula enseñando el cráneo de un pretendido santo, cráneo que en realidad había pertenecido a un miserable renegado, que de cristiano que era se había hecho musulmán. Finalmente se descubre la superchería y la veneración se trueca en repugnancia y horror.

La intención de las comedias que hacen la propaganda en favor del estudio de los autores clásicos y vituperan, ya por medio de la burla, ya directa y seriamente, la vida estúpida y la indolencia intelectual que huye del estudio, es